

Las cartas perdidas y las cartas encontradas. Aproximación a la correspondencia entre Manuel M. Flores y Rosario de la Peña

MARIANA MENDÍA

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS, UNAM

I. LA MUSA, EL POETA Y EL EPISTOLARIO

La carta, una hoja de papel que viaja. Dentro del sobre, la tinta, y dentro de la tinta, la voz. Es una carta que apenas ha esperado el tiempo suficiente para entrar en la bolsa del mensajero. Tiene un objetivo: llegar a las manos de Rosario. Va tibia por la fiebre del insomnio y la voz luminosa de un poeta. Lleva consigo un grito:

Perdóname, Rosario [...] yo no sé lo que digo, yo no sé lo que escribo [...] Es la alborada, en el día siguiente, y aún estoy en el día de ayer. He robado al sueño todas sus horas para pensar en ti.

¡Te amo, Rosario, te amo!

Si un grito pudiera escribirse, tú encontrarías aquí el de mi alma: “te amo”!

El grito es de Manuel María Flores, poeta romántico poblano, y el día en que escribe estas líneas es el 26 de agosto de 1874 en la ciudad de México. Horas antes, en una tarde brumosa, entre las parejas que bai-

lan y las conversaciones habituales de las fiestas, conoce a Rosario, su "amor único y último y supremo".

Rosario de la Peña tenía 27 años, era el centro de atención de todos los poetas de la época, poseía un encanto que no se puede describir. Más allá de su hermosura física, adoraban su inteligencia y bondad, y quizá aun más que esto, encontraban irresistible el estigma de mujer fatal que había caído sobre ella. Rosario fue la prometida de Juan Espinoza y Gorostiza, muerto trágicamente en un duelo, además de ser por siempre "la de Acuña", la que todos señalaban como culpable del suicidio del poeta en diciembre de 1873. En cuanto a Flores (1840-1885), se sabía que había estudiado en el Colegio de Letrán, que era una preocupación para toda madre mexicana pendiente de la reputación de sus hijas, que tenía un cargo en la política y que acababa de publicar un libro de poemas amorosos: *Pasionarias* (1874).

Manuel y Rosario quedaron prendados apenas se vieron. Pese a todas las adversidades (muchas, por cierto), fueron novios hasta la muerte de Flores. Su larga relación estuvo accidentada por peleas, reencuentros, lágrimas, enfermedades, por la madre de Rosario que algún tiempo prohibió sus amores, por casi un año de silencio que le impuso el poeta a su amada, pero principalmente por una imposibilidad que ya estaba ahí desde el primer momento. Desafiaron las habladurías de la sociedad, a sus familias, a ellos mismos; dejaban de creer, y apenas leían las letras de sus cartas, renacían las esperanzas de poder quererse plenamente. Este amor de felicidades a medias, de sufrimientos, de distancias, nunca terminó en un casamiento o en la formación de un hogar sólido al estilo siglo XIX con Rosario tejiendo en una mecedora y Manuel leyendo el diario en su sofá con tres niños de bucles y un perro.

Manuel M. Flores estaba enfermo de sífilis, enfermedad devastadora e irremediable, y que el poeta llevó discretamente a cuestras. Acabó con su fortaleza, con sus ojos árabes, y sobre todo, con la perspectiva de

consumar en un matrimonio su amor por Rosario, a quien llamó “la inolvidable, la única, la inmortal”. En los 11 años se vieron pocas veces. Ambos se conformaron con estar simplemente “desposados del alma” y vivir del amor de sus cartas, que según el poeta eran “besos” y “caricias”. El epistolario nos descubre sus entrevistas, los altibajos de su amor, las ataduras que los unía, sus alegrías efímeras. Conocemos de sus rompimientos por causa de las dudas, de las decepciones y las cartas y telegramas que nunca llegaron a sus manos por fallas del correo y del telégrafo.

Se perdieron muchas cartas y telegramas en los caminos de las oficinas postales, pero nunca dejaron de escribirse copiosamente. Lo que tenemos hoy del epistolario de Rosario y Manuel M. Flores no es ni la décima parte de lo que fue. Para empezar no tenemos una sola carta de Rosario, apenas se conoce su voz dentro de la correspondencia gracias a que Grace Ezell Weeks, autora de Manuel María Flores, el artista y el hombre, descubrió cinco borradores escritos a lápiz y sin fecha.

Poco antes del 20 de mayo de 1885, Manuel Flores entregó a Rosario una serie de manuscritos: 32 cuadernos de su obra, entre los que se encontraban Rosas caídas, que para entonces estaba inédita, y algunos poemas sueltos. La musa de los poetas vivió 39 años más que Flores, en los cuales guardó bajo llave y muy celosamente todo aquello. Nunca se casó y vivió sus últimos años al lado de una sobrina. Dos meses antes de morir comenzó a quemar papeles (quizá cartas y más cartas), flores secas, retratos. José Castillo y Piña la sorprendió en esta tarea y logró salvar lo que quedaba. Bajo el cuidado de este hombre que era su confesor e íntimo amigo, dejó el legado del poeta de Páginas locas¹.

Las cartas y la obra de Flores estuvieron escondidas en la biblioteca de Castillo y Piña por otros 35 años hasta su muerte en 1958. La

¹ Grace Ezell Weeks, *Manuel María Flores. El artista y el hombre* (40). Entrevista a José Castillo y Piña en 1963.

biblioteca se donó y los manuscritos iban rumbo a Guadalajara, cuando a petición de Emilio Pérez Arcos, se llevaron a Ciudad Serdán, el nuevo nombre de San Andrés Chalchicomula, tierra de Manuel M. Flores. Por fin, fueron a dar a las vitrinas inseguras del Centro Escolar Presidente Francisco y Madero. Para entonces se habían perdido 22 manuscritos y algunas cartas. La estudiosa Grace Ezell Weeks visitó el Centro Escolar en 1969 y contó 49 cartas. En 1999 los escritores Fernando Tola y Marco Antonio Campos sacaron fotocopia de 45 cartas, faltaban cuatro.

Hoy faltan todas. Sólo nos quedan las fotocopias².

II. LAS CARTAS, LOS TELEGRAMAS

Pues bien, sin embargo este amor profundo y verdadero entre los dos, tenemos dificultades hasta en nuestra correspondencia.

Carta del 16 de febrero de 1875.

Rosario recibió la carta viajera que quedó sin aliento por la prisa. Años después, escribiría en el sobre con un lápiz y letras finas: "primera carta". Ésta quedó en manos de la familia De la Peña a la muerte de Rosario. Parece que era la que más apreciaba por ser la primera y por ser una confesión.

A raíz de la confesión amorosa, Rosario y el poeta se vieron dos o tres veces más, hasta que Manuel tuvo que salir urgentemente a Puebla a apoyar a Ignacio Romero Vargas, quien había sido reelecto. Le escribe a su amada el 3 de septiembre de 1874 la promesa de regresar lo

² Hay cartas que no tienen fecha, por lo que se les ha puesto una aproximada con base en referencias temporales que encontramos en el contenido de las cartas. De 1874 son 10; de 1875, 22; de 1876, 5; de 1877, 3; de 1878, 2; de 1882, 1; y de 1883, 1.

más pronto posible y le deja claro que por su amor está desafiando la muerte: "Rosario, Rosario [...] tú vas dejando tumbas en tu camino, pero ¡no importa, yo te amo! Y si la desgracia, y si la muerte misma me han de venir de ti [...] está bien ¡yo te amo! [...] Entrega tu contestación a Juan".

"Juan" es Juan de Dios Peza³, cómplice y celestino de la pareja desde el principio de sus amores. Gracias a su intermediación pudieron comunicarse en los periodos más difíciles de su relación. Peza acompañaba a Rosario a depositar las cartas en los buzones y a mandar los telegramas a Manuel. La confianza que le tenían era tal, que hubo veces en que él mismo recibía y llevaba las cartas:

Como te lo dirá mi primera carta, que te dará Juan, no te había escrito porque estaba enfermo. Te iba a mandar esta carta así como *Pasionarias* cuando recibí una carta de Juan, y luego ha venido él mismo [carta de septiembre u octubre de 1874].

"Porque amar y estar lejos es morir", Rosario murió muchas veces. Manuel no asistió a su cumpleaños en octubre. El poeta hablaba de enfermedades del hígado, del cerebro, de los ojos y muchas complicaciones en el trabajo:

Yo no sé si te dije [...] que soy senador del Estado. La reelección de Romero Vargas, amigo mío íntimo y viejo, al triunfar ha lanzado a la oposición a un combate desesperado, y en esa derrota nos ha puesto frente a frente de la Justicia Federal; de suerte que nos batimos en estos momentos con el Abogado de Distrito. Y no porque ni yo ni mi palabra valgamos nada en la Cámara, sino al menos porque no falte *quorum*, no puedo

³ Juan Peza era novio de Asunción de la Peña, hermana de Rosario. En esta relación Manuel Flores era el confidente de ambos. Prueba de ello son dos misivas de este epistolario que Manuel dirige a su "cuñada".

en estos momentos salir de Puebla⁴ [carta del 3 de octubre de 1874].

Pasaban los días y los novios no se reencontraban. A pesar de que en cada carta de Flores había una excusa y una esperanza, Rosario comenzaba a dudar. Se escribían los jueves, pero hubo días en que faltaron las cartas por diferentes razones:

Juan dice que me has puesto tres telegramas, como no los recibí he reclamado a la oficina, y el jefe de ella me ha dado una constancia de que no han sido tramitados, la que mando a Juan. Te lo digo por lo que pueda convenir [16 de enero de 1875].

En la historia de esta correspondencia las referencias que se tiene del correo y del telégrafo no son tan buenas. Quizá sean éstos los responsables de todas esas cartas y telegramas extraviados, quizá se trate de cartas y telegramas fantasmas que existieron como pretexto para no escribirse cuando no lo deseaban, o quizá ambas.

En Chalchicomula, la oficina de teléfonos cerraba a las ocho. El alambre telegráfico pertenecía a la línea México-Veracruz y la oficina estaba instalada en una casa particular⁵. Alguna vez Flores se vio imposibilitado para mandar telegramas debido a una tormenta que dañó las líneas; otra vez esperó 24 horas un telegrama de Juan. Eran problemas de oficina. Pero en su fiesta de cumpleaños de 1875 recibe telegramas y felicitaciones de algunos amigos ausentes y no de Rosario, Juan y Asunción, que mandan cartas a sabiendas de que éstas

⁴ La oposición abogaba por la no reelección. Dos años más tarde haría lo mismo, pero en las elecciones federales donde Lerdo de Tejada pretendía reelegirse.

⁵ "Las horas en que están abiertas las oficinas de los días de la semana y medias fiestas son de ocho de la mañana hasta las ocho de la noche", Juan N. Almonte, "Noticias relativas al telégrafo electromagnético", en *Memoria y encuentros: La ciudad de México y el Distrito Federal (1824-1928)* (295).

demoran días en llegar. Para colmo, la carta de Rosario es fría y de 6 renglones.

Pasaban los meses y los novios no se reencontraban.

Rosario comenzaba a desilusionarse de esta relación a larga distancia, y peor aún, su familia ya dudaba de las buenas intenciones del poeta que además llevaba la fama de don Juan desde su juventud. Para recordarle a Manuel Flores el compromiso que tenía con Rosario no mandaron ninguna carta ni telegrama, sencillamente enviaron a un amigo confiable hasta Puebla: don Guillermo Prieto. Llegó en febrero de 1875 y encontró a un Flores enfermo, triste y preocupado. Mientras tanto, la correspondencia continuaba.

Flores llegó a la ciudad de México antes de 1876 para enfrentarse a una serie de entrevistas con Rosario, la madre (a quien llama "la señora"), Manuela Bablot y Asunción. Habían dejado de verse más de ocho meses. La madre, que estaba convencida de que el poeta actuaba con "felonía" y mala voluntad, que se burlaba de Rosario por su condición de huérfana y por su pobreza, prohibió su noviazgo. A Juan Peza se unen otros cómplices para hacer llegar las cartas y mensajes de los novios. Manuel había sido nombrado diputado por Puebla en el Congreso de la Unión. Por eso es que regresa a la ciudad de México. Aunque no se establece formalmente en ningún sitio, se instala en La Gran Sociedad⁶, un famoso hotel en donde cambia de cuarto por lo menos dos veces.

Las cartas se reducen del periodo que abarca octubre de 1875 a noviembre de 1876, tiempo que dura su cargo, y en el cual es factible

⁶ *La Gran Sociedad* era un hotel ubicado en la esquina del Espíritu Santo y Coliseo, hoy Isabel la Católica y 16 de Septiembre (en el lugar que ahora ocupa un Sanborn's). Algunos viajeros lo llamaron *La Gran Suciedad*, por encontrarse en un sitio insalubre. Lo cierto es que "era el lugar de cita de la gente más acomodada", en palabras de Guillermo Prieto.

suponer que no se escribían mucho por razón de verse frecuentemente. Un nuevo problema surge en su noviazgo cuando cae el gobierno de Sebastián Lerdo de Tejada⁷. Manuel, que siempre fue lerdista y liberal, no obtuvo la simpatía de los porfiristas, próximos a ganar las elecciones; es entonces que decide volver a Puebla, cargando con toda su desilusión, cada vez más enfermo. Le escribe a su amada:

Aquí en el fondo de mi alma están tus lágrimas, Rosario [...] al beber tu llanto con mis besos, sin saber cómo, pero de una manera irresistible, *me he sentido amado!* [...]. Estoy en un momento lúgubre: todo en mi derredor, todo lo que forma mi situación es amargo y sombrío [...]

Mañana a la hora en que te estoy escribiendo, te habré dicho Adiós!...

Según parece, el poeta vive un tiempo en San Andrés, donde “la vida material no es posible” y otro en la ciudad de Puebla. Es difícil determinar cuál fue, además del hastío que siempre lo persiguió y su enfermedad cada vez más evidente, el motivo por el cual Flores decide guardar un año de silencio para Rosario. Quizá no sea más que todas las decepciones que había sufrido hasta la fecha y no tanto una “prueba” de amor como lo afirma en una carta cuando vuelven a escribirse en 1878: “Si se hubiera tratado de una mujer común, quizás no hubiera yo aventurado mi amor a esa azarosa prueba de tantos meses de aparente desamor, de silencio y de olvido”.

Pasaba casi un año y los novios no se reencontraban.

Y en realidad, no sabemos a ciencia cierta cuándo fue ni en dónde. Sólo quedan tres cartas que nos dicen poco. Manuel rompe el silencio

⁷ “La derrota de las tropas lerdistas en Tecoac (16 de noviembre de 1876) [...] resolvió las cosas en el lado de Porfirio Díaz y Manuel González. Lerdo de Tejada abandonó la capital por el camino de Toluca, Morelia y Acapulco, donde embarcó hacia Nueva York”. *Documentos para la historia* (113).

con una carta escrita el 26 de agosto de 1878 que conmemora cuatro años de haberse conocido. Le pide perdón a Rosario, por quien "sellé mi labio para el Amor" y ella se lo otorga. Para entonces, los raspones entre el poeta y la familia De la Peña habían desaparecido casi del todo, desde antes del silencio. La "señora" se había rendido ante la obstinación de los amantes por continuar juntos y hasta manda saludos y se informa de la salud de Manuel a través de las cartas de Rosario.

Las dos cartas últimas son tristezas y despedidas. Le escribe desde Cuernavaca en 1882, año en que fue nombrado diputado suplente en la Legislatura de Morelos:

No es la primera vez que de ti me separo, nuestra ausencia no tiene nada de inesperado; y sin embargo, yo he sentido algo de nuevo, algo de íntimamente doloroso y triste en los momentos en que la diligencia en su sufrida carrera me alejaba de ti.

Ambos ya habían perdido las esperanzas de una vida juntos. La agonía por la enfermedad debió ser terrible. Si en las primeras cartas hablaba de indisposiciones, padecimientos, dolores de cabeza, ojos cansados, en la carta de febrero 13 de 1883 (que escribió poco a poco durante dos días), cuando ya está ciego, parece que tuviera a la muerte viendo su escritura frágil a sus espaldas:

tengo por enemigos dos de los principales elementos de la vida, que son la luz y el agua, un sol deslumbrador que me ciega y el agua que me daña el estómago.

Anteriormente, quizá hubo una persona de su confianza que ayudó al poeta cuando le era prácticamente imposible escribir debido a sus ojos enfermos, puesto que hay algunas cartas escritas con letra de otra mano. Pero, en la historia de estas cartas, no sólo la enfermedad o el desgano y la desilusión eran la causa del conflicto que experimentaba

Flores para escribirle a Rosario. Muchas veces se refirió a la impaciencia que le provocaba escribir por la imposibilidad que tiene la palabra de expresar todo lo que sentía, "de interpretar el alma".

Las cartas se escriben en silencio, es una conversación larga, de impaciencias porque lleguen pronto en los días esperados. Es una forma de eternizar el instante, de quedarse con la imagen de alguien por última vez y no desgastarla con la cotidianidad de la vida. Alguien me dijo que el que escribe calla, que la escritura es un acto silencioso y el escritor se separa del mundo y detiene el tiempo. Los escritores de cartas prolongan ese tiempo todo lo que quieren, y en el papel se escucha su voz y también mandan el olor de su casa o de su tinta.

